

María Cristina Pons, 1996, *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo xx*, Siglo XXI Editores, México.

La imaginación es el nombre del conocimiento en literatura y en arte.

CARLOS FUENTES

RECUERDOS, OLVIDOS, FANTASÍAS, HISTORIAS y huecos son la materia prima de una novela histórica. Sin embargo, a pesar de que la fuerza de las novelas históricas residía en el equilibrio armónico existente entre memoria e imaginación, en este fin de siglo éste se rompe. María Cristina Pons advierte, pues, que la creación se sale de los cauces tradicionalmente establecidos: la novela histórica de las dos últimas décadas adquiere rasgos sorprendentemente innovadores. Los límites, de por sí ambiguos, son trastocados.

La principal preocupación de su texto, *Memorias del olvido*, consiste en realizar una evaluación de las particularidades del género “novela histórica” en el final del siglo XX. Esto es, la autora se preocupa tanto por analizar aquellos cambios sustantivos que la novela histórica latinoamericana experimenta en términos discursivos, como por relacionar tales innovaciones con los contextos sociopolíticos y literarios que vive nuestra región.

Sin falsos ni fáciles determinismos, María Cristina Pons explora el ámbito donde lo social y lo literario se encuentran, mostrándonos cómo la novela histórica latinoamericana de fin de siglo se hace las preguntas más profundas: el problema de la verdad, la realidad y la interpretación. Y es que la novela histórica ha evolucionado a la par de la historiografía y de la novela en general, por lo cual la actual novela histórica es espejo de tendencias profundamente críticas, profundamente contemporáneas.

Dividido en dos apartados, el texto *Memorias del olvido* desarrolla, en su sección principal, un examen minucioso de tres novelas latinoamericanas, *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso; *El general en su laberinto*, de Gabriel García Márquez, y *El entenado*, de Juan José Saer. La otra sección, por su parte, se dedica a reflexionar sobre el género de la novela histórica y sobre el proceso de innovación que ha sufrido en las últimas dos décadas.

Ambas partes se corresponden y nutren de manera exquisita, pues escritas en el más refinado estilo del ensayo, llevan impresa la suspicaz mirada de la autora que nos obliga a observar con sorprendente atención desde el título de una novela hasta las preguntas epistemológicas que cada obra literaria plantea.

Pero ¿qué hace a una novela, una novela histórica?, y ¿hasta qué punto podemos afirmar que la novela histórica experimenta una serie de cambios sustantivos como para suponer una innovación del género? A partir de estas preguntas, María Cristina Pons inicia un largo y enriquecedor recorrido, mostrándonos por qué una novela es

histórica cuando incorpora historia y ficción en su construcción discursiva, y en qué radica la particular forma de integrar la una con la otra, dosificar la una hacia la otra, y la manera de leer una y otra en contraposición con las reglas de la novela histórica tradicional, la novedad de la novela histórica de finales del siglo XX.

Es decir, la autora se dedica a examinar cómo la novela histórica reciente se vincula con el pasado y el presente; de qué forma se apropia del pasado histórico documentado e inscrito en la memoria colectiva; qué tipo de relación establece entre lo que se sabe y lo que no se sabe de ese pasado histórico; de qué manera permite vivir los sucesos, la psicología o la ética de esa época; cómo relaciona la vida privada y el acontecer histórico; qué tipo de efecto de verosimilitud establece y cómo lo hace, y la manera como se presenta el narrador o incluso cuántos de ellos introduce en la novela.

Estas variaciones genéricas constituyen un motivo de reflexión para el tema de la novela histórica latinoamericana dado que plantean una problemática central: o la novela histórica latinoamericana de fin de siglo tiende a ser postmoderna, o la novela histórica latinoamericana mantiene su propia lógica. Bajo esta pregunta rectora, Pons intenta demarcar, primeramente, cuáles son las características de la novela latinoamericana de fin de siglo y, posteriormente, determinar sus puntos en común y sus diferencias con la novela postmoderna.

En general, la novela postmoderna se ha caracterizado, según Lyotard, por una total desconfianza hacia las grandes narrativas. McHale, citado por Pons, indica que las ficciones postmodernistas señalan ocho problemáticas y sus consecuentes posibilidades, pero en contraposición a McHale, Cristina Pons cuida muy bien de no confundir las características que la novela histórica ya presentaba desde principios de siglo, y aquellas que pertenecen a la literatura histórica de las dos últimas décadas. Es por ello por lo que en su texto *Memorias del olvido* introduce un interesante análisis del desarrollo de la novela histórica latinoamericana: su propia lógica.

En primer lugar, Pons nos indica que la novela histórica latinoamericana fue más oficialista, más legitimadora y didáctica que la novela histórica de otras latitudes, pero en la actualidad se ha consolidado como más crítica y política que la novela postmoderna.

Lo primero se debe a varias razones. La novela histórica en América Latina nació cuando aún las naciones no tenían una historia oficial; de ahí que la literatura asumiera un papel didáctico y de complemento historiográfico, manifestando un particular interés por promover la identidad nacional. Tal construcción de identidad tuvo que pasar por la legitimación de las guerras de independencia, por la legitimación de la ideología liberal y por la formación de un espíritu de progreso que imitó modelos extranjeros. La novela histórica del siglo pasado no recuperó el pasado con nostalgia, pues su mirada estuvo en el futuro europeizado, liberal y nacionalista.

En las novelas históricas latinoamericanas los héroes eran las grandes figuras históricas y la historia era de hecho la historia oficial. Con tal función legitimadora, la novelística histórica de los treinta, cuarenta y cincuenta reproduce un modelo tradicional, mientras que llega a ser casi nula su escritura en los años sesenta, cuando las

novelas rural y del criollismo la suplantán en el encargo de afirmar la identidad y nacionalidad latinoamericanas.

Pero a medida que las críticas a las dictaduras latinoamericanas, el desarrollismo y el eurocentrismo cobran un papel central en la producción literaria latinoamericana, la novela histórica tradicional y las literaturas rural y del criollismo se ven prácticamente desplazadas: la legitimación que ejercían carece ahora de validez y sentido. Es entonces cuando el *boom* latinoamericano cumple con aquella función de crítica social, refiriéndose, además, a la realidad histórica latinoamericana “según el lenguaje universal del mito”.

Paulatinamente, al lado de la nueva narrativa latinoamericana, nuevamente toma lugar la novela histórica, con un carácter nuevo y muy peculiar. Sorprende el hecho de que, por ejemplo, la novela histórica de las dos últimas décadas sea semejante en términos cuantitativos a toda la producción del siglo XIX.

Y no sólo eso: la novela histórica de fin de siglo eleva su crítica a niveles epistemológicos, filosóficos, políticos, literarios, sociales e históricos. De ello da cuenta María Cristina Pons con su análisis detallado de tres novelas históricas de autores latinoamericanos.

Posteriormente a una exploración exhaustiva de *Noticias del Imperio*, *El general en su laberinto* y *El entenado*, la autora establece que la novela histórica latinoamericana mantiene una estrecha relación con el desarrollo de la historiografía contemporánea, compartiendo con ésta los siguientes tres puntos fundamentales: 1) la subjetividad y la no neutralidad de la escritura de la historia (White), 2) la relatividad del objeto de la historiografía (Burke), y 3) la reescritura de la historia (De Certeau).

Con base en las conclusiones de María Cristina Pons, hemos considerado tres ámbitos donde se manifiestan las particularidades de la novela histórica de fin de siglo: a) en el problema de la historia, b) en el problema de la verdad, c) en el proceso de interpretación.

LA NOVELA HISTÓRICA Y EL PROBLEMA DE LA HISTORIA

En general, la novela histórica de fin de siglo pone en juego nuevas prácticas y relaciones en la producción de sentido. Este nuevo sentido se manifiesta en lo histórico no reconstruyendo una y única nueva historia, sino en el cuestionamiento mismo del sentido histórico: hay en la novela reciente una lectura crítica de la historia y una crítica al papel que la novela histórica tradicional ejerció al legitimar el poder hegemónico.

Esta doble crítica (en términos políticos y en términos epistemológicos), al cuestionar la racionalidad misma del proceso histórico, percibe a la historia como un proceso de ficcionalización, donde el centro de gravedad es el presente y donde la realidad histórica ya no es una memoria histórica única, ni totalizante ni mítica, sino una complejidad de mil historias ficcionalizadas.

LA NOVELA HISTÓRICA Y EL PROBLEMA DE LA VERDAD

En tal sentido, si no hay un sentido único, si no hay un sentido racional, ¿dónde queda la verdad de la historia?

La novela histórica tradicional creía que había una Verdad, que era única y que debía ser dicha; esto es, que estaba fuera del texto y que por lo tanto podía ser comprendida y presentada con precisión. Pero la novela histórica de finales de siglo plantea que no existe la idea de una verdad única, y que más bien deben aceptarse otras verdades históricas posibles. Existen, así, *cuatro mil verdades*, verdades según las perspectivas de tiempo y espacio desde donde son formuladas.

Este cuestionamiento de la verdad histórica es un cuestionamiento al discurso historiográfico legitimador de las versiones oficialistas de la historia, un cuestionamiento definitivamente político.

LA RELATIVIDAD DE LA NOVELA HISTÓRICA Y EL PROBLEMA DE LA INTERPRETACIÓN

Cuando se admite que existen tantas verdades como distintas perspectivas de tiempo y espacio, estamos admitiendo una nueva visión de la verdad y de la realidad histórica. En esta nueva perspectiva, el fundamento se encuentra en la relatividad cultural de los discursos: en la valoración implícita de las versiones alternativas. Más aún, la novela histórica de fin de siglo plantea con toda crudeza el problema de las interpretaciones del pasado.

Pero no sólo la novela histórica reciente legitima las versiones alternativas: su principal particularidad en este sentido es que el pasado se recuerda desde los márgenes, desde los límites, desde la exclusión, desde abajo, desde el exilio y, lo más asombroso, desde la locura. De igual manera, la identidad se cuestiona también desde la exclusión. Y es que al recuperar lo particular, lo singular, lo heterogéneo; al privilegiar lo regional y lo local, lo nacional adquiere un nuevo semblante: la novela histórica de finales de siglo reclama una identidad desde la diferencia o, en todo caso, una identidad regional.

Cabe señalar que la autora desarrolla con sorprendente destreza cada uno de los puntos anteriores, descubriendo aquello que realmente es innovador y aquello que se manifiesta en la novela histórica latinoamericana desde principios de siglo. Es por ello por lo que recomendamos su lectura atenta, pues a lo largo del texto encontramos al menos 12 rasgos que definen a la novela histórica latinoamericana de fin de siglo, puntos que nos hacen reflexionar sobre el carácter del arte como creador de conocimiento.

En conclusión, la novela histórica plantea una nueva relación con la historia, con la verdad, las interpretaciones alternativas, la producción de sentido histórico y, básicamente, con el problema del conocimiento. Sin embargo, y como señala Pons, en Amé-

rica Latina la crítica que realiza la novela histórica de fin de siglo, más que epistemológica, es una crítica política.

Ésa es quizá la diferencia más marcada que mantiene con la literatura postmoderna. Es decir, la novela latinoamericana está más preocupada por la crítica política y por evitar una fragmentación y despolitización de la historia, por una reivindicación de lo marginal, por una práctica política de sobrevivencia a través de la escritura testimonial, que por una estetización de los márgenes y la pobreza. Y es que en América Latina, indica Pons, “la realidad de aniquilación, la pobreza y la marginalidad histórica no es un objeto estético o de consumo, y mucho menos de ficción”.

Recomendamos totalmente este texto, pues la parte realmente deliciosa es precisamente la que no hemos presentado en esta reseña y que corresponde al análisis literario de tres novelas latinoamericanas, que siendo históricas y de finales de siglo, nos revelan un nuevo sentido de nuestra realidad histórica.

De esta manera, *Memorias del olvido* constituye un importante ejercicio de reflexión sobre la influencia que lo social y lo artístico tienen sobre la novela histórica, así como el impacto que la novela histórica ejerce, a su vez, en las esferas del conocimiento y de la política.

*Alejandra Saucedo Plata**